



ARTE

La portentosa seducción de lo humilde. De lo cotidiano nunca visto: un paseo por la ciudad con Miguel Cano

Concha Vázquez

*“El mismo olor a tiempo des-
peinado, las mismas calles,
los mismos semáforos, la far-
macia de enfrente (...) y es
idéntico el inefable tacto de la
noche en mis hombros, y el
modo con que acuden a mis
ojos portales, la memoria de
calles con parejas lentísimas,
meses, fechas, andenes,
madrugadas...”*
(Inmaculada Mengibar, *Los
días laborables*)



Pasaje Lodaes, de M. Cano.

Sostiene Saramago que, en la esencia del hombre debe estar preguntarse a menudo “¿quién soy?” “¿para qué estoy aquí?” y que las respuestas —dadas desde la imprescindible humildad— tienen que servirnos para medir nuestra coherencia: la de los actos y la de las palabras.

Ser *humilde* y *coherente*, ahí reside el misterio de toda grandeza personal. Dos virtudes que definen muy bien a Miguel Cano y de las que hay que partir para apreciar y entender cabalmente su obra artística.

La humildad personal de ser siempre el mismo. Ahora que ha visto cómo 30.000 personas pasaban y regresaban palmo a palmo su *antología* del Museo Municipal y cuando en 1983 compaginaba la pintura con el trabajo y participaba en aquella exposición de *Tres en línea* que anunciaba un momento de euforia cultural en Albacete.

El mismo Miguel Cano, hoy que vende en un solo día los cuadros que lleva a la *Galería Estampa* en Arco y el Miguel Cano que se presentaba a los premios Castilla-La Mancha de Artes plásticas. Esa grandeza de lo humilde que define su vida marcará también el contenido de su obra.

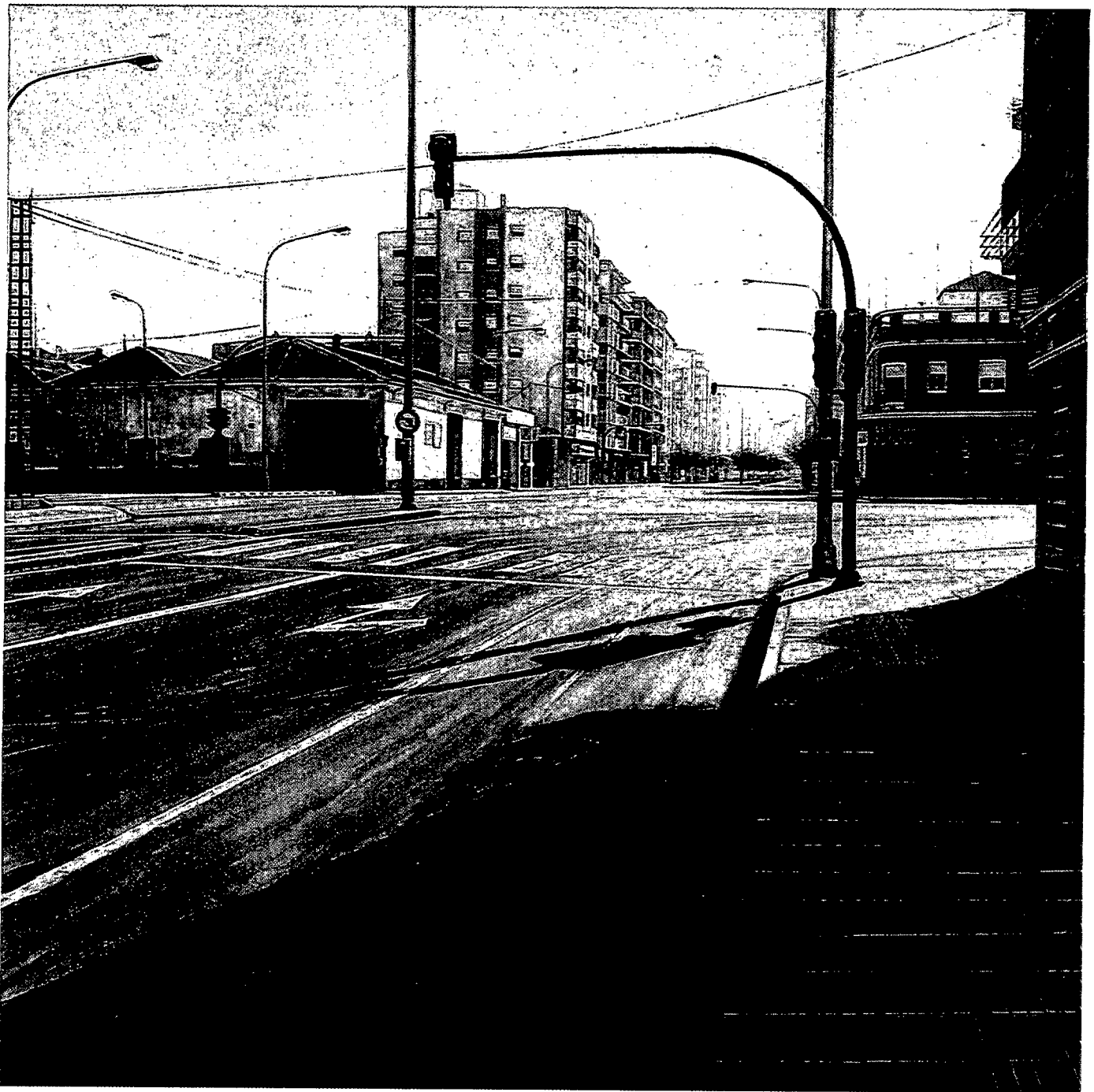
Tiene también Miguel la coherencia de apostar fuerte —con oficio y pasión— por la pintura: su manera de contar la ciudad y de mirar el mundo. Es el suyo un arte para el disfrute necesario y precioso y su talante inconformista de desmontar rutinas nos permite ver lo cotidiano como si fuera la primera vez que lo miramos. Porque sus cuadros guardan una emoción

cercana a la sorpresa y el asombro y es que Miguel Cano es, sobre todo, un recreador urbano. Maestro de la luz, y de las perspectivas (cómo cambia la ciudad en las distintas horas, cómo convoca en nosotros sentimientos distintos) cada cuadro ilumina la posibilidad de descubrir en un viejo edificio conocido una luz nunca vista, la luz de algún recuerdo dormido en la memoria: la luz de los domingos del invierno.

En esa alianza con la rutina de los meses es donde su arte alcanza la gran revolución: el realismo de sorprendernos con lo de siempre. Ésa es la sorpresa, ver cómo una calle normal o un tejado común atestado de antenas alcanzan de su mano la categoría de obra de arte: la gran lección de Miguel Cano.

RESUMEN:

Otro significativo pintor albacetense es Miguel Cano, más joven que los reseñados en el texto anterior (Albacete, 1949). Cano practica un realismo condicionado, en palabras de Rubí Sanz, por la búsqueda de la belleza, “un tipo de belleza que tiene que ver con la pintura clásica, con el equilibrio y con la serenidad”. En este artículo nuestra colaboradora habitual Concha Vázquez se acerca a la pintura de Cano desde la óptica de la cotidianidad, de la mirada a la ciudad común -Albacete- “no como un encuadre de lujo sino como el espacio común de la vida cotidiana”.



Carretera de Madrid.

Viendo *La Fabrica de Harinas* (objeto hoy de polémicas y de sueños) sentimos a un tiempo el rumor laborioso del pasado y el proyecto futuro, porque el presente – detenido en el cuadro– nos regala instantáneas que encierran a la vez todos los tiempos: lo que fue y lo que será (anticipado por la imaginación)

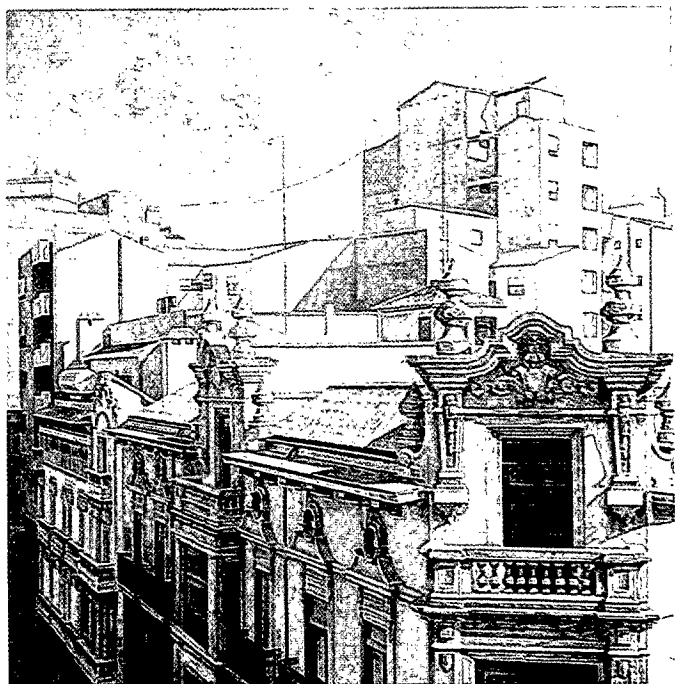
Y es que no podemos pasar por alto la importancia de *los escenarios elegidos*: los edificios emblemáticos, las panorámicas a vista de pájaro (en mi retina ahora ese Toledo que se levanta como un todo cerrado). Las ciudades sobre todo Albacete, la ciudad propia, escenario de las vivencias compartidas: el camino al trabajo, la *Taquilla del Cine Gran Hotel* –con el que ganó el premio Castilla-La Mancha de Artes plásticas– un paisaje de Silos a lo lejos, de rotondas y señales de tráfico... Esa radiografía de la ciudad no como un encuadre de lujo sino como el espacio común de la vida cotidiana: del ladrillo rojo a

las antenas de la modernidad o la umbría acogedora y misteriosa –con olor a cocido– en *El pasaje de Lodaes* un cuadro que, en palabras de Andrés Gómez Flores “marca un momento clave en la historia de la pintura de Albacete y que cuelga en las casas junto al *Guernica* de Picasso”.

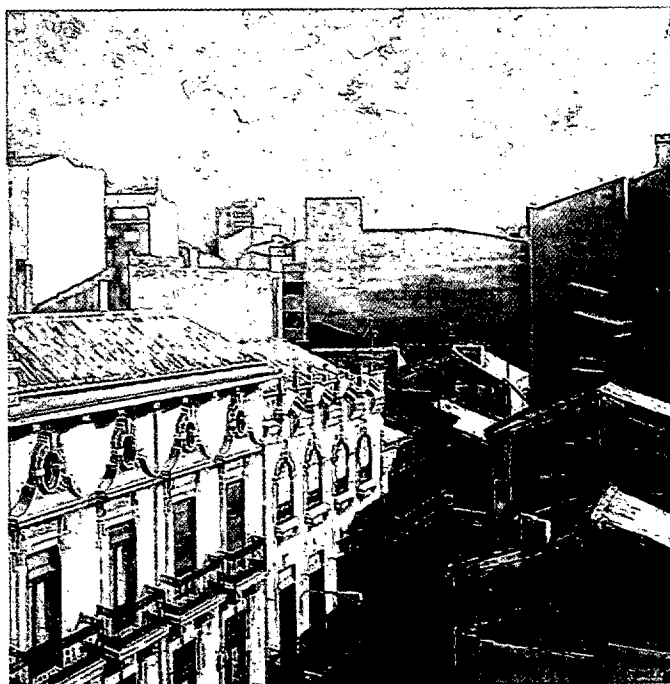
Las exposiciones de Cano nos permiten degustar la belleza que nos somos capaces de admirar en la rutina de nuestros recorridos diarios.

Y, lo que es más importante, compartida con otros. Porque sus exposiciones son una fiesta de comentarios y disfrute en común. Se produce en ellas el fenómeno de que una misma calle se multiplica y vive de forma diferente en las miradas de todos, en los comentarios en voz alta que no se pueden reprimir.

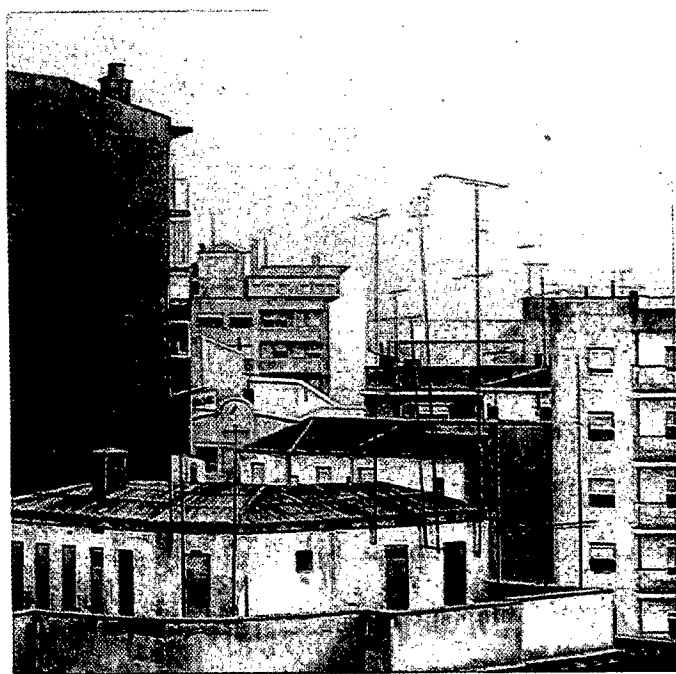
De modo que esas calles, vacías en apariencia, son escenario perfecto para que todo suceda.



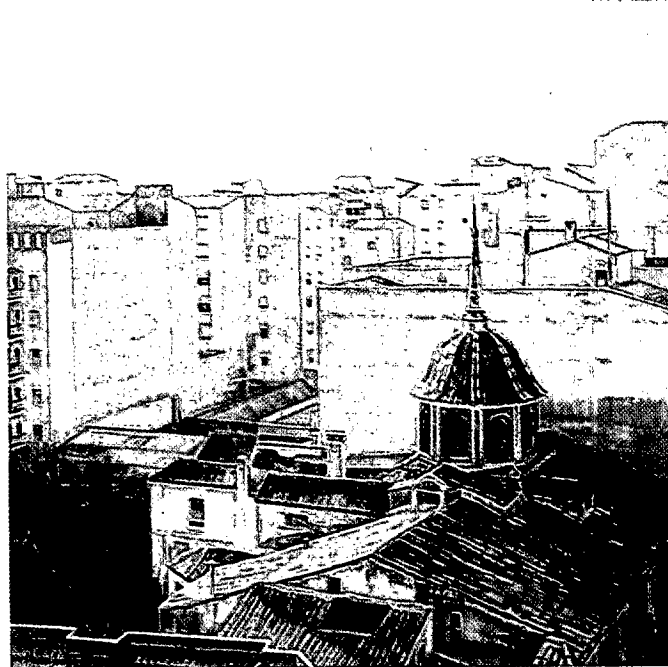
Calle de San Julián.



Calle Zapateros.



Terrazas.



Casa Perona.

Sus cuadros, comparaciones estructuradas, limpias dan sensación de orden y quietud y atesoran instantes en los que lo geométrico se cruza con las vivencias y se llena de olores conocidos, al calor de la vida propia, que es íntima y a la vez de todos.

Miguel Cano es un referente cultural por Albacete que triunfa en Madrid —cuatro ediciones de *Arco*, la colección del Ayuntamiento de la capital de España, la Galería Estampa— y en EE. UU., en Vienne, en Japón..

Sigue reconociéndose en aquel muchacho que participaba en las Bienales de pintura, hacía retratos para el mundo del arte y pasaba por el taller de pintores... Pero hoy tiene sobre sus hom-

bros el haber sabido recrear como nadie la luz de la Gran Vía, el color del otoño en la casa Perona, el viejo luminoso de Galerías Piqueras y asfalto, mucho asfalto. Señales de prohibido, retratos memorables y caminos de chopos por los que podría caminar.

Sigue desayunando, con su grupo de amigos, en el mismo café. Voy a ir a preguntarle ¿por qué están siempre en rojo los semáforos? ■